

HISTORIAS DE LA OCTAVA ISLA



Las mujeres se encargaban de ir en busca de agua hasta una fuente que había debajo del Risco. (●) GONZALO BETANCORT, CEDIDA POR PATRIMONIO DEL CABILDO DE LANZAROTE

La Graciosa que forjan las mujeres

Enriqueta, Margarona, Elza, Inocencia y Sheila, cinco vidas con las que contar la misma historia: la de cinco mujeres de una pequeña isla capaces de luchar con todas sus fuerzas por salir adelante, y si se puede, cumplir de paso algún sueño

CONCHA DE GANZO

Fue fácil y muy divertido hablar con ellas. Y sobre ellas. Seguir sus pasos al ritmo a veces entrecortado que impone la memoria. Detener el tiempo y quedarse ahí escuchando sus historias, su vida. Con su particular cadencia, con la singularidad de una realidad diminuta, en la que da la impresión de que los días no pasan y que las horas se olvidaron de correr. Desde lejos el paraíso conocido como La Graciosa resulta deslumbrante, un oasis soñado, con esas playas desiertas y la quietud de un paisaje que per-

mite disfrutar sin prisas, sin la fatiga acostumbrada, pero una vez más la realidad se impone. Y la historia demuestra que la vida en esta octava isla de Canarias no ha sido un camino de rosas.

Si en Lanzarote tuvieron que esperar hasta el año 1965 para que en su capital pudieran tener agua corriente y luz eléctrica, a Caleta de Sebo estos 'lujos' llegaron a finales de los setenta, y solo de seis de la tarde a doce de la noche, a través de la instalación de un pequeño grupo eléctrógeno, la luz en toda su plenitud no apare-

ció hasta 1984. Hasta entonces, tenían que alumbrarse con faroles, y quinqué. Cuando no llovía, un barco del ejército repartía dos bidones de 20 litros por cada una de las familias. La forma que tenían de comunicarse con Haría era subiendo el Risco. Sobre todo las mujeres cargadas con las cestas llenas de pescado trepaban por la ladera, y después en el viaje de vuelta venían con todo lo que habían comprado o intercambiado en Lanzarote, desde comida a telas o cemento. Los féretros de los difuntos se subieron muchas

veces por la empinada vereda. Cuando se ponían malos y tenían que trasladar al enfermo se ideó una forma particular de comunicarse con la familia: si había una hoguera debajo del Risco no estaba muy mal, y si se hacían tres fuegos, la persona había fallecido. Su vida giraba sobre todo en torno a la pesca, y las cabras y camellos que pastaban en la zona norte.

No hay que olvidar que los primeros pobladores de Caleta de Sebo llegan como mano de obra barata para trabajar en la factoría de salazón que se instala en el islote a me-

diados del siglo XIX. Proceden en su mayoría de Teguise y de pueblos próximos. Atosigados por las malas condiciones de vida que sufre gran parte de la población lanzaroteña, las familias que se trasladan a La Graciosa eran tan pobres que ni siquiera tenían dinero para emigrar más lejos. La fábrica cerró, pero las familias se quedan y apuestan por seguir adelante a pesar de las inclemencias. Los hombres se dedican sobre todo a la mar. Se embarcan en los pesqueros que faenan en

>>

HISTORIAS DE LA OCTAVA ISLA

La mujer graciosera se ha cargado a la espalda su isla y con años duros y de sacrificio ha visto emerger un paraíso que enamora a los foráneos

«

Cabo Blanco, y dejaban a las mujeres solas durante meses al cuidado de los hijos, la casa y las penurias.

Cuenta Enriqueta Romero que con siete años tuvo que dedicarse a cuidar las cabras, "las nuestras y las de otros. Fijate que no sabía ni cuantas cabras tenía, y es que no sabía contar". Como su madre sólo le daba un poco de gofio y unos higos pasados para comer, "a escondidas de mi madre, que siempre tenía miedo que la mar nos llevara, me iba a la playa y cogía sálemas, o pajes verdes, los asábamos con otros chicos que hacían lo mismo que yo y esa era nuestra comida".

Acostumbrados a vivir aislados, cuando algún barco extraño fondeaba en alguna cala, Enriqueta dice que los niños huían despavoridos: "Creían que esa gente extranjera se lo podría llevar, pero yo siempre fui muy lanzada. Me acuerdo una vez en la playa de Los Franceses me encontré con una familia. El hombre empezó a preguntarme algunas cosas, hablaba bien español y después se metió en el barco y me trajo una bolsa de peladillas de colores, una caja de galletas y una muñeca, imaginate que alegría".

La historia de los descendientes de aquellas familias que se instalaron en La Graciosa resulta similar, sobre todo parecen unidos por un igual destino: el de sobrevivir en un medio hermoso pero pobre y aislado. La antropóloga Gloria Cabrera Socorro, en su libro sobre *Los hombres y las mujeres de la mar (Isla de la Graciosa)* incide en la importancia y variedad del trabajo que deben hacer ellas. "Siempre la mujer en todas las sociedades ha tenido que trabajar mucho, pero aquí también hay que tener en cuenta el territorio. Deben realizar trabajos que en otros ámbitos desempeñaban los hombres, pero aquí se ven obligadas a todo tipo de tareas". No sólo se trata de atender la casa, también tienen que vender el pescado en la isla vecina, cuidar del ganado, mariscar, ayudar al vecino, ya sea cuando se pone enfermo, va a parir o se muere.

Margarona Páez, la que fuera durante muchos años alcaldesa pedánea, recuerda que también le tocó ayudar a abrir las fosas para enterrar al difunto, "y también me gustaba ir a la casa y arreglar al finado para que pudieran velarlo. En una esquineta se ponía el carpintero haciendo el cajón y en otro lado nosotras vestíamos al muerto para evitar que la familia pasara ese mal rato. Eso en La Graciosa era lo normal".

Tal vez una de las personas más valoradas en la isla y de la que se sienten más orgullosos es de Inocencia Páez, fallecida en 2007. Una mujer que llegó a publicar dos libros de poemas y que siempre quiso retratar con versos a sus vecinos y a su tierra: "Eres mi isla Graciosa, tan bonita y tan pequeña, que voy a hacerme una cuna, para yo mecerme en ella. Y te cantaré una nana, con una voz de sirena, y un dulce sueño te envuelvo, a la luz de las es-

trellas". Cuenta su hija Ángeles que siempre tenía un papel a mano, "hasta cuando estaba en la cocina, por si le venía la inspiración". Cuando tenía 12 años y fue de visita a la isla el general García-Escámez, ella fue la encargada de hacerle llegar al militar los problemas del islote, pero lo hizo como mejor sabía, a través de una serie de poemas. El general quedó tan impresionado que quiso llevarse a la niña con él a Tenerife para que pudiera estudiar, "pero mis abuelos no quisieron".

En 1969 llegan a la isla de forma casual una nueva pareja de extranjeros. Se trata de Nick Wagner y Elza Carroza, que también quedaron fascinados con La Graciosa y se convierten en los primeros alemanes que pasan largas temporadas en Caleta de Sebo. El es doctor en Ciencias Políticas y Elza es doctora en Lengua y Literatura Portuguesa y Alemana. Durante años desarrollaron juntos una larga carrera como documentalistas para distintos canales de televisión, graban películas en Europa, Sudamérica, África, el mundo árabe o Estados Unidos. Este territorio medio aislado, sin ruidos, sin ajetreo se convierte en su pequeño paraíso.

Ellas cuidaban de la casa y los hijos, iban al Risco con cestas de pescado que llevaban a Haría, abrían fosas y atendían en los partos

Elza reconoce que nunca se habían sentido tan bien. La realidad que ven les fascina. No hay agua, no hay luz, no existe ningún tipo de comodidad, por supuesto que no hay coches, ni carreteras. Las comunicaciones con Lanzarote son pésimas. Aquello con lo que tropiezan es casi el paraíso sonado y así descubren el cálido refugio en el que pasar los días. Al principio sólo pasaban largas temporadas, desde 2001 Elza y Nick ya no quieren salir fuera. Como dice Elza, "te das cuenta que en La Graciosa está lo esencial, que no es importante tener tantas cosas, llenar tu casa con objetos inservibles, gastar dinero sin más. Aquí tienes tiempo y un lugar maravilloso para sentir como pasan los días".

La Graciosa de hoy tiene poco que ver con la isla pobre y tremadamente aislada de los años sesenta. Pese a los avances, de contar con barcos rápidos que comunican de forma habitual su puerto con Órzola y de crecer con la apertura de numerosos apartamentos turísticos, restaurantes y la aparición de un número considerable de vehículos, aunque sigue sin tener carreteras, no se puede olvidar que sigue siendo una pequeña isla, y que en ocasiones si hay mala mar se quedan aislados, solos, en medio del Río que los separa de Lanzarote.

Elza Carroza, la extranjera que se enamoró de la Isla

CONCHA DE GANZO

La Graciosa debe emanar un elixir mágico, de esos que aturdien y atraen. Sobre todo afecta a foráneos de largo recorrido, de los que han viajado por el mundo, dando tumbos de un sitio a otro, y de pronto un buen día, por casualidad, tropie-

zan con esta isla de 27 kilómetros cuadrados y una única población, Caleta de Sebo, en la que viven de forma habitual unos 600 habitantes, y caen rendidos. La lista de afectados resulta amplia y notable desde el escritor Ignacio Aldecoa al pintor Miquel Barceló.

Y al parecer, eso mismo le ha te-

nido que suceder a una mujer como Elza Carroza y su compañero, que ya llevan unos años residiendo en esta octava isla de Canarias. Lejos del ajetreo de su vida anterior, como reconocidos reporteros gráficos de revistas y televisiones de Alemania. Cuando ellos llegaron, en la Graciosa apenas residían

Sheila Betancort, la fotógrafa errante del paisaje graciosero

C. D. M.

A Sheila le encanta sacar fotos. Sobre todo le apasiona sorprender el paseo tranquilo de alguna vecina y con un clic de cámara captar ese instante, mientras se coloca el sombrero, o se ajusta las lentes, o habla con su prima. Tiene imágenes de las playas, de las casas de Pedro Barba

con esos jardines que miran al mar, de las olas que van y vienen. Y de los islotes que se ven desde La Concha. Pero tal vez se siente especialmente orgullosa de una fotografía que le hizo a una de las pateras que llegó por sorpresa a una cala. Cada vez que esto ha pasado, en La Graciosa se produce una movilización general y todos aportan algo para ayudar

al que menos tiene, al que llega con frío y hambre después de haber estado varios días en una pequeña barca transitando por este mar tan cercano a la costa de África.

Sheila Betancort tiene 21 años y espera poder montar una exposición con todas esas tomas que ha sacado en su deambular errante por la isla. Además hace poco ha

Enriqueta Romero, la primera empresaria de La Graciosa

C. D. M.

Dicen que las apariencias engañan y en el caso de Enriqueta Romero se da en el clavo. Desde lejos, con su sombrero típico, para que el sol no manche la piel blanca, con ese andar lento y su voz sosegada, da la impresión de ser sola, sin desear ese duro trabajo, una tranquila ama de casa. Pero nada más lejos. Enriqueta fue la prime-

ra en La Graciosa en atreverse a abrir un establecimiento turístico para los visitantes que llegaban a la isla. Ella daba cama y comida, en un particular y aventajado Bed and Breakfast, que todos conocen como la famosa Pensión Enriqueta. Pero hasta llegar a este momento de plenitud y de desarrollo, el camino de esta mujer ha sido duro y complicado. Empezó a trabajar desde los siete años, cuidando

cabras, camellos, recogiendo el grano que se plantaba para hacer el gofio, limpiando las casas de las familias adineradas de Tenerife y Gran Canaria que venían a pasar sus vacaciones a Pedro Barba.

Dice que trabajaba tanto que cuando su marido quiso casarse con ella, "mi padre no quería, y cuando teníamos que ir a Haría a hacer las amonestaciones, mi marido tuvo que contratar a un hom-

Margarona Páez, genio y figura y defensora insular

C. D. M.

Sin duda Margarita Páez Guadalupe, Margarona, ha sido y seguirá siendo la persona más conocida de La Graciosa. Alcaldesa pedánea y concejal de Teguise durante 22 años, su figura y su voz resuenan siempre cada vez que se trata de hablar de su isla. Defensora a ul-

tranza de los intereses de sus vecinos no ha dudado en reclamar, demandar o criticar aquello que considera contrario al bienestar de su comunidad. Sabe y ha sufrido los malos tiempos, las penurias, cuando todo alrededor era escaso, y también ha estado con los cambios y el desarrollo turístico. Al igual que Enriqueta, la vida de Mar-

garona no ha sido fácil, aunque tampoco se queja.

Reconoce que siempre le ha gustado trabajar y hacer de todo, desde abrir fosas, arreglar difuntos, repartir medicinas, cargar cestas de pescado, cemento, y hasta ayudar como partera si era preciso. "Yo venía de pintar el cementerio y me llamaron que a Rosa se le había



unas 30 familias, no había agua ni luz pero encontraron lo que estaban buscando, tal vez paz, sosiego. Elza lo explica con suma facilidad. Dice que en La Graciosa ha descubierto las cosas realmente importantes de la vida, "las esenciales". Reconoce que al principio resultaba duro no contar con lo indispensable, pero poco a poco, la calidez del paisaje, y también la forma de ser de los vecinos, capaces de demostrar lo que es saber sobrevivir, han logrado lo que parecía inexplicable, que decidieran abandonar lo anterior, sus casas, sus fiestas, su fama y cambiando todo por este enclave.

Imaginamos que el proceso de enamoramiento fue lento, hasta tuvo sus altibajos, pero al final, con esa pasión que sintieron los dos por captar lo que ocurría en este islote acabó por confundirlos, por sentir que este lugar, con esa luz y esa soledad era su sitio en el mundo. Ya han publicado un libro con fotografías de la isla, y tanto en su memoria como en un cajón de su casa de Caleta de Sebo tienen incontables copias de momentos y personas que integran su nueva vida.

Elza y Nick en una terraza de Caleta de Sebo. (●) FOTO CEDIDA POR ELZA Y NICK



terminado un curso de fotografía que hizo en Arrecife, y que le ha servido para perfeccionar este oficio. A pesar del tamaño de La Graciosa, Sheila y su bicicleta siempre logran perderse por esos caminos y muchas veces cuesta un poco más dar con ella. Aunque al caer la tarde suele aparecer cuando llegan los barcos que vienen de Órzola.

Susa y sus hermanas

Para la gente joven como ella vivir en este territorio tan pequeño no

Sheila Betancort, en la explanada cerca del muelle. (●) J. SÁENZ

suele ser nada fácil. Es normal que se eche de menos las salidas, tan simples como ir al cine, o de compras. Las únicas tiendas que hay en el islote suelen ser supermercados como el que regenta desde hace años la propia Margarita Pérez, Margarona. Es verdad que la mayor parte de graciseros suelen tener una casa o un familiar en Lanzarote y aprovechan para pasar largas temporadas en la 'isla grande'. Tanto por cambiar de aires como por necesidad, ya sea por ir al médico o también para ver a los hijos mayores que tienen que estudiar en institutos de Haría o de Arrecife. Pero esta amplia limitación y escasez en

ocasiones cuesta.

Susa Guadalupe Álvarez reconoce que después de estar estudiando en Lanzarote al tener que volver a Caleta de Sebo tardó dos años en poder adaptarse. "Es que todos los días ves las mismas caras, a todas horas, y eso que me a mí me encanta la naturaleza, pero tienes que adaptarte. Sobre todo se echa de menos lugares de ocio". Lo mismo le ha pasado a sus hermanas, que además decidieron marcharse a vivir a Lanzarote. Lo malo es que con la crisis han tenido que volver y ahora como nuevas emprendedoras estas hermanas atienden dos restaurantes, El Girasol y la Taberna.



bre para que hiciera mi trabajo, por qué no, mi padre no me daba permiso". A pesar de los malos momentos, su marido se pone malo y ella se ve sin nada, "es que no tenía ni para comprar leche para darle a mi hija, pero yo me dije, Enriqueta de esta tienes que salir tu sola, y lo hice".

Gracias al consejo que recibe de su cuñado de el paso y empieza ofreciendo al visitante unas habitaciones agradables en las que poder dormir y pasar unos días. También abre un restaurante en el que prepara sus exquisitos platos. Hablar con ella resulta una delicia,

con esa forma de contar sus historias como ese viaje que hace a Gran Canaria a visitar a una amiga y que la deja perpleja "allí todo el mundo va como en el aire, sin títo, yo le dije a Fefa, aquí será que regalan algo que toda la gente va corriendo, como si fueran a quedarse sin el premio". Y la imaginamos por Triana o tal vez por Mesa y López viendo de reojo como todos corren sin rumbo, mientras ella se para y los contempla, sin entender tanto agobio, tanto prisa.

Por eso dice que cuando regresa a La Graciosa hasta llega medio mareada, fuera de su entorno, de su sosiego, siente que la vida va demasiado deprisa y ella, aunque nunca se para, lo hace con otra cadencia.



adelantado el parto, llamaron a una monja, que entonces vivía en la isla y fuimos a verla. Salio la criatura, pero no expulsaba la placenta, entonces le dije perdón hermana, pero habrá que hacer algo, me senté sobre la tripa y echó todo. Lo cogí con una sábana y lo fui a enterrar". Todo lo explica de forma clara, sin rodeos.

Estos días está especialmente emocionada, porque sus vecinos han estado presentes en el homenaje que le han hecho. Una propuesta que partió de ellos, y que ha terminado con poner a su calle su nombre. También se siente orgullosa de los homenajes que le han hecho en otras islas, aunque a sus 68 años tiene una pena, un sueño que cumplir "de nuestras islas me falta por visitar La Palma, la Gomera y El Hierro, y la verdad me gustaría conocerlas, como conozco a las otras".

Al frente de su pequeño comercio, sigue controlando el paso de sus vecinos, sus penas y alegrías, le gusta estar informada, aunque ya no sea oficialmente su alcaldesa pedánea. Pero ella no puede evitarlo, lleva toda la vida así.

Margarona atendiendo en su comercio de Caleta de Sebo. (●) ADRIEL PERDOMO